LAS/12

MIRADA DE MUJERES
EN PÁGINA/12
30 DE AGOSTO DE 2002
AÑO 5 Nº 229

HILARY SWANK, LA CHICA QUE NO LLORA

LAS AFGANAS, HOY

CANCIONES DEGENERADAS



FORO SOCIAL MUNDIAL

¿OTRO MUNDO?



El **Foro Social Mundial en Argentina** fue desparejamente pluralista. El FMI, el ALCA y el modelo neoliberal fueron los demonios indiscutidos de ponencias y testimonios donde la razón económica primó sobre los discursos de la diferencia. Pero hubo bordes fecundos, confluencias sorpresivas y fronteras utópicas que las mujeres no dejaron de hacer presentes en sus perspectivas.

lo que queda del foro

POR MARIA MORENO

No hace falta ser una feminista *subrayada* como la que se tiró, en plenas luchas sufragistas, al paso de un caballo en el Derby, porque juzgó que la causa necesitaba una tragedia, para advertir en la canción del Foro Social Mundial en la Argentina las vulgatas del club de Toby. "Porque es posible hacer un mundo nuevo/Para que el mundo pueda respirar/Un mundo donde quepa todo el mundo. Un mundo nuevo/ Y un *hombre nuevo.*" Es cierto que durante la marcha de apertura una mujer se subió a un camión y corrigió el verso con "Y una mujer nueva también. La justicia, la verdad y la libertad son valores femeninos", que *tampoco* rimaba. Pero la expresión "hombre nuevo" no sólo era el producto de una retórica pasada sino un síntoma. Si en el Foro, que duró desde el 22 al 25 de agosto, existió el horizonte utópico de poder asistir a otras culturas políticas y de verlas representadas en las mesas hegemónicas –cuyos temas a menudo incluían una crítica feroz a toda hegemonía–, a esa experiencia hubo que buscarla en los bordes adonde no se molesta la prensa, en los subsuelos de las facultades anfitrionas, en los locales alejados de la plaza Houssay o en los horarios compartidos con las mesas estrella.

Si hubo un Foro en guaraní y uno de los verdes, un debate sobre formas de desobediencia civil, un taller de software libre, tres talleres de género, fue en espacios separados y aun subseparados a la manera de una Mamushka dentro de otra. Incluso la presencia de la *gauche divine* en los paneles de debate fue mucho menos plural que en un clásico foro de derechos humanos. Pero, como siempre, hay que saber escuchar entre las líneas que casan al hombre nuevo con la mujer nido.

En el taller *Crisis y resistencias: voces de mujeres*, por ejemplo, el género se había vuelto un instrumento fértil para dar cuenta de diversos intereses y enunciarse fuera de los planos clásicos de la agenda feminista. Cristina Juárez, del Movimiento Campesino de Tucumán, hizo gala de un modelo clásico de exposición: vehemencia rigobertista, chalina como de campaña y estudiado contacto visual para hacer efectivo el impacto ante mujeres de otra clase social ante las que se presentó con una humorística provocación: "Imagínense bajar del burro o del caballo y tener que andar en colectivo o en subte. Y dejar nuestros hijos pequeños sin tener asegurada la alimentación, porque en el campo la alimentación *hay que hacerla*. Y ¡hablar de derechos cuando –vaya ignorancia la mía– antes de venir aquí tuve que preguntar qué era un foro!". Cristina nació en Tucumán, en un pueblo llamado El Sacrificio, departamento La Cocha. Es hija de un trabajador rural de la caña de azúcar "de esos que en carreta llevaban la caña a los cargaderos" y de un ama de casa que siempre tuvo que entremezclar la poca harina con zapallo para alimentar a sus seis hijos y a quien Cristina suele recordar: "¿Cómo que ama de casa? Usted es Elena Montenegro".

–Para nosotros producir es un caos porque todo está dolarizado. A los dólares no los conocemos, por eso tenemos que nombrarlos. ¿Y qué hacen los políticos con nosotros? Nos dan un bolsón con tres o cuatro artículos para que vivamos tres días mientras ellos viven cuatro años. Cuando los políticos están en la tribuna ¿quiénes somos los que estamos primero? ¡los *carenciados*! ¡los *necesitados*! ¡Qué lindo adorno para su discurso! Para que todos digan ¡qué sensible es este señor! Pero cuando llegan se olvidan. Yo me los imagino en su casa *desinfectándose* luego de la campaña política porque la realidad es que nos abrazan pero *no nos miran*.

–Usted integra una cooperativa de minifundistas. ¿Cómo se desarrolló la experiencia?

–Como jornaleras trabajábamos en el tabaco porque la caña de azúcar está a otra escala. Cuando vivíamos en la finca de los patrones nos prohibían la entrada cuando queríamos reunirnos, entonces nos reuníamos a la orilla del camino. Al empezar a trabajar para nosotros –somos cuatro mujeres y un hombre– vimos que los resultados eran superiores a cobrar un jornal. El segundo año incrementamos el número de hectáreas y el número de las familias y eso fue en el '86, cuando nos constituimos en cooperativa de trabajo. Hasta que a través de Incupo (Instituto de Cultura Popular) conseguimos un subsidio de una fundación alemana que nos dio para comprar una hectárea y media de tierra. Conseguimos el primer galpón que es el secadero de tabaco para hacer la producción. Pero, con seis familias ya, teníamos que tener un nombre jurídico que nos representara a todos. Campo de Herrera, una cooperativa de Tucumán, nos asesoró. Entonces nos hemos constituido legalmente en cooperativa de trabajo agropecuario y consumo con número de matrícula y todo. Luego logramos la credencial para vender en las bocas de acopio que son de las multinacionales. Peleamos para que salga el nombre Cooperativa El Sacrificio. Y no fue fácil porque nos decían "comunistas" o "incupos", de manera insultante. Nuestros objetivos son tres: nuestro trabajo propio, nuestra vivienda –no vivir más bajo un árbol ni bajo un galpón– y nuestras tierras. Por ahora tenemos nuestro trabajo, tres hectáreas de tierra y nuestras viviendas. Nuestro anhelo es tener diez hectáreas.

VERSIONES DE GENERO

Cristina expuso dentro del bloque "Resistencias" que presentó Monique Aschul bajo el lema "Las mujeres no podemos sentirnos las nuevas amazonas en momentos en que hay que pedir igualdad para todos". Gladis Vargas, integrante del grupo Mujeres por la Dignidad "Alicia Moreau de Justo", de Solano, dio un testimonio audiblemente feminista pero abierto a diversas articulaciones. Su sonrisa tranquila no excedió la mera cortesía frente a un público que, ante la enunciación de su trabajo de cartonera, aplaudió con exageración de fan.

–En esta cooperativa somos todas mujeres, ¿por qué mujeres? Porque consideramos que en este país, que está dirigido por hombres, la mujer debe poder generar su propio espacio, que no necesariamente tiene que ser de poder, como en el otro género. Sabemos que las mujeres aportamos desde diferentes ámbitos muy importantes de *construcción* y que por ahí no somos tan reconocidas. Nosotras hemos sido tentadas, como la mayoría de las mujeres de la provincia de Buenos Aires, con el Plan Social, por los 150 lecops. Pero también eso impone otro tipo de cosas. Ganamos muchísimo menos que 150 y trabajamos muchísimo más, pero no importa, nosotras queremos decidir cuáles son los alimentos y dónde comprarlos cuando tenemos nuestra plata. El Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos nos formó en las bases para armar una cooperativa y los compañeros de la Mesa de Cartoneros del Instituto, de la cual participo representando a mis compañeras, nos ayudaron a aprender el trabajo porque ellos eran los que realmente sabían. Nosotros hacemos recuperación de materiales. Cartón, vidrio –metal no porque es demasiado avanzado–, plástico, todo lo que se pueda recuperar en el domicilio. Con esto estamos ayudando también al medio ambiente. Colaboramos con el municipio porque al tener muchas menos toneladas de basura, eso le daría la posibilidad de invertir en educación, en hospitales, en todo lo que necesitamos los que allí vivimos.

Laura de Gregorio, del Club del Trueque de San Fernando, definió al trueque como algo más que un efecto de la crisis. De su práctica forman parte tanto la dignificación del oficio de ama de casa –donde la artesanía doméstica, el tejido o la cocina constituyen saberes a menudo ignorados como valores de uso– como la idea de producción que incluye al trueque informalmente en el mundo del trabajo: "Yo no voy a llevar al trueque harina o fideos para traer papelitos. El trueque es una herramienta válida de resistencia a la globalización. Resistencia a pensar como quieren que pensemos: que tenemos que tener un teléfono celular, usar determinada ropa o consumir determinadas cosas. Ahora cuando se cayó la mentira de que estamos en el Primer Mundo vamos



a rascar nuestra raíces".

Norma Galeano, piquetera de La Matanza, dice que entró y salió de la iglesia dos veces, una cuando se casó y otra cuando hizo bautizar a sus hijos. Hasta que la invitaron a una reunión de las Comunidades Eclesiales de Base, donde le enseñaron a leer La Biblia con un método llamado Ver, juzgar y obrar. Luego de ver, juzgar y obrar, Norma estaba ya lo suficientemente preparada para la tarea social. Contribuyó a la formación de la red de jardines maternales comunitarios en La Matanza que hoy tiene un nombre que para ella suena "pomposo": Federación de Jardines Maternales Comunitarios de La Matanza. En la zona hay alrededor de 500.000 niños, más de la mitad bajo la línea de pobreza, el 15 por ciento en la indigencia y con un hospital a disposición que sólo cuenta con 40 camas. Norma lee de un papelito los datos que aprendió a registrar en calidad de encuestadora en su propio barrio, donde la crisis dejó 3500 desocupados.

Una marcha colectiva al Ministerio de Acción Social proveyó de diez toneladas de alimento.

–Pero con el clientelismo político no podíamos acceder a los planes. Fue ahí donde se decidió en una asamblea, donde había alrededor de 2000 personas, cortar la Ruta 3 y juntarnos con la Corriente Clasista y Combativa a quienes veíamos de reojo porque, claro, ellos eran los zurdos o sea los malos, mientras que nosotros éramos la Iglesia, o sea los buenos. Empezamos con dos mil planes, tres mil, cuatro mil que fuimos distribuyendo para que la gente se fuera organizando. La experiencia del piquete a mí me conmovió y me sorprendió mucho porque no pensaba que la gente tuviera tanto coraje y tanta decisión para decir "vamos a poner el cuerpo en la ruta" o "vamos a caminar desde el Km 40 hasta la Capital, a la Plaza de Mayo", aunque llueva o haga 40º, como pasó el 26 de febrero que caminamos y nadie bajó los brazos. En el piquete se despide con mucho dolor a los muertos y se recibe con mucha alegría a los recién nacidos. Todos habrán visto cuando se cayó el escenario con Alderete que se estaba bautizando un niño que había nacido en esos días de corte de ruta. Como cristiana rescato siempre cosas que aprendí de monseñor Angelelli, el obispo mártir de La Rioja que decía "nosotros no podemos predicar la resignación".

Desde la decisión sobre qué alimento comprar para dar a los hijos, hasta la visión del trueque como producción, pasando por el piquete que convive con garantizar la educación, todo les da a estas mujeres la certeza de que sus prácticas contienen raíces políticas. Por eso ellas han convertido la palabra "testimonio" en algo diferente de la biografía popular, retórica y emotiva que se espera de aquellos a quienes los ideólogos suelen construir como fetiches del *mundo real*.

Sin embargo, desde este bloque de la mesa *Crisis y resistencias: voces de mujeres* que se realizó el 23 de agosto, en el aula 22 de la Facultad de Ciencias Económicas, se escuchó a menudo la sospecha hacia la palabra "política", sospecha nacida estrepitosamente bajo la consigna "que se vayan todos".

DIVERSIDAD DE VERSO

La uruguaya Lilian Celiberti, integrante de la Articulación Feminista Mercosur, miembro del Comité Internacional del Foro Social Mundial y del colectivo editorial de la revista *Cotidianomujer*, frenteamplista sin ataduras, ex detenida-desaparecida, amante de los pluralismos que se expresan en el reconocimiento del otro en lugar de convivencias fragmentadas ("el reconocimiento como búsqueda de nuevos paradigmas civilizatorios utópicos"), dice que es bueno lavarle la cara a la palabra "política".

–Lo social y lo político es una cuestión dicotómica que muchas veces las mujeres mismas defendemos diciendo que nosotras estamos en *lo social*, entonces dejamos *lo político* que es la construcción de poderes alternativos y de formas de ejercicio democrático, como si todo esto no fuera parte de nuestro campo. Yo quiero discutir esa actitud porque creo que lo político es más amplio y la lucha feminista ha consistido precisamente en ampliar el concepto de lo político. Creo que *hacemos política* y *somos políticas*, no importa si estamos en un partido o no.

–¿La diversidad de demandas y acciones expresadas en el Foro podrían sintetizarse en tendencias?

–Para muchos, el Foro Social Mundial es un espacio de confluencia de la lucha antiglobalización donde concertar una agenda de movilizaciones; para otros, un espacio plural donde es posible compartir y articular alternativas democráticas y democratizadoras. Los puentes entre una y otra posición son múltiples y menos rígidos de lo que aparentan, pero también están llenos de tensiones que implican nuevos desafíos. Para algunos el Foro es una oportunidad para crear una coalición internacional que actúe en nombre de un amplio y genérico movimiento global, algo así como una Internacional de nuevo signo. Para otros y otras, por el contrario, es una oportunidad para el desarrollo de nuevas culturas políticas que deben abrir diálogos entre diferentes movimientos.

–¿El Foro Social Mundial en Argentina respondería a la primera concepción?

–El tema se planteó como un Foro Social Mundial sobre la Argentina tomando a ésta como un caso que podía servir para comprender todos los mecanismos de crisis existentes: es decir cómo han jugado los mecanismos internacionales multilaterales, los EE.UU. y el sistema financiero en relación con el sistema político interno. Esto me parecía importante si al mismo tiempo servía para crear espacios donde los distintos movimientos de Argentina se juntaran con otros movimientos sociales y populares a los que les pasara lo mismo. La reflexión que me haría es que en los paneles centrales había poca diversidad. Porque si todo fuera igual que en el 70 estaríamos perdiendo el tiempo y además podríamos, con razón, ser acusados de falta de autocrítica. No quiero salir de un pensamiento único para entrar a otros pensamientos únicos. Me parece que los movimientos sociales, por la propia fragmentación en la que nos movemos, tal vez tengamos necesidad de juntarnos alrededor de cosas genéricas que nos unifiquen como decir "no al ALCA". Me parece que hay una necesidad de *compartir* marcos conceptuales pero también de escuchar y de *ver más* de esos marcos conceptuales, de abrir más preguntas que certezas. Yo no puedo pensar la sociedad en torno de lo que hace el FMI, los EE.UU., el imperialis-



mo y las multinacionales. Ni pensar la idea de diversidad como demandas y no como escenarios de futuro. Ni bajar los brazos ante el hambre porque podría decirse que *hay muchas hambres*.

En la versión freudiana, el odio precede al amor y el Yo se constituye por expulsión de lo que primero se experimenta como indiferencia. Los nacionalismos se enuncian menos como un catálogo de *deber ser* que como otro de exclusión. Las diversidades no pueden eludir partir de ficciones de identidad. Tal vez eso explique que la diversidad sólo pueda limar sus aristas cuando se reduce a plantarse ante el fuero jurídico.

Es necesario repetirlo: a buscar en los bordes. La activista feminista Mabel Bellucci, integrante del Area de Estudios Queer de la Universidad de Buenos Aires, dice que pudo atisbar el foro detrás del foro.

–El Foro Social Mundial, como tantos megaeventos internacionales, se organiza en torno de una centralidad y de una periferia bajo una tensión entre lo viejo y lo nuevo, entre la intervención y la exhibición, entre el saber hegemónico y el activismo. El acto de inicio fue informal y espontáneo pero después de los clichés más clásicos de la representatividad: enumeración de adhesiones, canción triunfalista de fondo, discurso de un sindicalista brasileño arengando por el triunfo de su candidato en las próximas elecciones. En estos momentos históricos de nuestro país, estos detalles van a contramano del reclamo de desrepresentatividad expresado a gritos y cuerpo a partir del 19 y 20 de diciembre. Las actividades autogestionadas en distintos lugares fueron agendadas un día antes. Mientras que los paneles se organizaban con figuras consagradas de las ciencias sociales. Pese a que yo participé en uno de ellos sobre resistencia y desobediencia civil, me hubiese interesado y hubiese sido más renovador que *los* y *las* expositoras se mezclasen y anonimizasen dentro de los talleres como alguien *común*. Participé de una actividad sumamente interesante de Intergaláctika y el Movimiento de Trabajadores Desocupados de Almirante Brown de la Coordinadora Aníbal Verón, en Claypole. Durante unas cinco horas al sol se cruzaron experiencias y vivencialidades entre activistas sociales y extranjeros.

En ese sentido el Foro fue literal; su característica de *Social* fue demostrada por personalidades de las ciencias sociales, el debate que la izquierda tradicional considera *marginal*, que enuncia como posterior a las prioridades o proclama por razones de fashion político, se dio *en los márgenes*. Por otra parte la multiplicidad de espacios simultáneos y poco heterogéneos favoreció la elección de acontecimientos "significativos" o el repliegue en el grupo de pertenencia.

POR DIFERENCIAS EN ACCION

La mexicana Ana Esther Ceceña, economista y directora de la revista *Chiapas*, encontró en el Foro tanto la resistencia a revisar los modos de pensar la política como cierto espíritu zapatista.

–En la Argentina el peso de la ideología política que habla de imperialismo, de poder contra poder, de confrontación de clases, de línea dura de lucha contra el capitalismo, me parece que es mucho más fuerte que en México. Pero también he encontrado en las mesas y talleres de los que formé parte gente de movimientos que se acercaron porque se reconocen en el zapatismo. En el sentido de que las propuestas más poderosas del zapatismo son partir de la diversidad como base, la práctica de un consenso –algo que contraría la lógica de la competencia y donde se trata de *caminar al paso del más lento*–, la revocabilidad en los cargos de representación y el rechazo a la toma de poder. Nosotros, con el zapatismo, hemos aprendido a tener paciencia y a entender incluso los *silencios* zapatistas como el actual, que es un manejo de los tiempos de un discurso que *está* pero *en ausencia*. Hay que cambiar las relaciones sociales de manera que no reproduzcan relaciones de poder al mismo tiempo que se está enfrentando o quitando, socavándole las bases a ese gran poder que se tiene enfrente. Eso está ocurriendo en toda América latina con una resistencia muy fuerte de los sindicatos que se sienten amenazados por todos lados porque las bases no les responden.

–¿Cómo se gestó la revista que dirige y cuál es el lugar de usted, como intelectual, en el zapatismo?

–Trabajo desde una perspectiva muy crítica sobre los límites al desarrollo capitalista, sobre la importancia de entender los problemas de hegemonía. Entonces siempre combatí con aquellos que hablan de la pérdida de hegemonía de EE.UU. y afirman que Japón, es el nuevo líder mundial porque veo desde mis investigaciones que ese análisis es muy superficial y no profundiza suficientemente como para percibir que el núcleo duro y fuerte lo sigue controlando EE.UU. Si la hegemonía mundial la tuviera Japón, para nosotros la situación sería distinta y otra la problemática, pero si la hegemonía es la norteamericana que se construye sobre nuestros recursos y nuestros trabajadores, eso nos obliga a pensar y pelear de una manera distinta. Cuando ocurre en el movimiento zapatista, un grupo de personas nos pusimos a hacer un balance teórico político de qué pasó ¿Por qué en Chiapas? ¿Una revolución a esta altura de la resolución capitalista de los problemas del mundo? Porque el capitalismo estaba en uno de su mejores momentos con una revolución tecnológica realizada, una reestructuración productiva general con altísimas ganancias, de los espacios de dominio en el mundo. Y es justo ahí cuando *truena* y truena en un lugar lo más alejado posible de lo que la ortodoxia decía como origen de la revolución. Y ni siquiera con obreros, ni occidentales, sino con *otra cultura*. Y entonces nos metimos a investigar el territorio, los recursos naturales, los paradigmas culturales de dominación. Y eso que estábamos trabajando ya colectivamente, en ese momento se convirtió en una revista conectada con el movimiento zapatista, en diálogo permanente con él y participando de su lucha. Lo mismo estamos poniendo una mesa para la consulta zapatista que vamos hacia la comunidad, porque está el ejército y eso nos ha involucrado un poco a todos pero desde nuestro lugar y eso es importante reivindicarlo. Porque nosotros no somos indígenas ni nos podemos hacer pasar por indígenas ¿Qué somos? Somos zapatistas.

–¿Cómo ve la situación de la Argentina?

–Argentina es un lugar estratégicamente muy importante como territorio por su posición de punta del continente y por sus recursos. Junto con Brasil es un polo muy fuerte de un posible Mercosur y por la cantidad de inversión extranjera europea que existe en él. Entonces era importante desestabilizar a Argentina ¿Por qué era importante debilitarla? Porque, entre otras, era una manera de poner en una situación muy complicada a las inversiones europeas. Es un esquema bastante probable para entender parte de la lógica de esta crisis que no se puede parar. No hay apoyo del FMI, pero en cambio cuando Brasil tiene tres días de problemas rápidamente llega el Fondo porque tienen las elecciones ahí, es una situación distinta. Entonces rescata a Brasil pero ayuda a caer a la Argentina. Y no solamente la deja caer sino que la empuja. Creo que es un juego doble que se está haciendo en esta parte del continente y que si tú lo piensas junto con los otros planes estratégicos como Plan Colombia, ocupando territorios en el norte del Cono Sur, se trata de una pelea por doblegar a estos pueblos que resisten y de sumirlos en esta idea de que la plataforma americana es la plataforma de despegue para la hegemonía estadounidense. La resistencia popular es lo único que ha hecho imposible que un país se doblegue. Los gobernantes quieren rogarle al Fondo pero no logran controlar la situación interna. Yo lo sé por México: México estaba entrando en la integración al ALCA chiquito cuando los zapatistas se levantaron y dijeron "aquí ya no pasan, no pasan al petróleo, no pasan al sector energético, no pasan a nuestras maneras colectivas de tener la tierra". En Cochabamba ante un convenio para entregarle el agua a una gran transnacional se levantó el pueblo completo de la ciudad y no dejó que se privatice, echando para atrás la política neoliberal. No se nota cómo estas luchas *paran* muchos proyectos hegemónicos pero a mí me parece muy evidente en el caso de México y muy evidente en el caso de Argentina.

Nicolle Bullard, australiana en apoyo del Sur Global, integrante de Focus on the Global South, trabaja en Bangkok contra la política de EE.UU. con los alimentos y el arroz jazmín, pero ha pasado por el Foro como economista y compañera en la lucha contra en neoliberalismo. Ella es una mujer que cree que las diferencias deben confluir en acciones comunes mientras no se pierdan de vista la especificidad, para favorecer a que el movimiento mal llamado de antiglobalización pierda aquello que tiene de "antiguo, masculino y salvaje". Su feminismo, que declaró perpleja ante una periodista –lo creía tácito–, significa mucho más que la lucha contra la discriminación del *segundo sexo* globalizado. Seguramente estaría de acuerdo con Lilian Celiberti en que las diferencias deberían salir de la esfera privada y del rasero meramente jurídico.

–En lo privado –dice Celiberti– todas las diferencias son válidas porque hay familias que si tienen un hijo travesti lo van a condenar pero hay otras que no. Es decir que hay muchas solidaridades desde lo privado, pero *la diferencia en lo público* no está y cuando aparece lo hace como la diferencia que tenemos que reconocer porque "todos somos distintos". Es una *diferencia de lo neutro* y otra vez se vuelve a invisibilizar *la politización de la diferencia*. Cuando hablamos de que en el mundo *todo es diversidad* otra vez estamos naturalizando esa diversidad. Lo difícil es cuando la comunidad política, en cuanto definición de los destinos comunes, reconoce la diferencia en lo público porque eso desafía hasta los sistemas educativos ya que, en última instancia, todo el sistema de lo público está basado en lo *normal*, lo *anormal* estaría en otro lado. De lo que se trata entonces es de poner en jaque la norma.

TAPA: JUAN PABLO CAMBARIERE



SOCIEDAD

Los chicos feos, sucios y malos

POR LUCIA ALBERTI *

La maravillosa dualidad de una misma sociedad, más aún, hasta de un mismo sector, no deja nunca de sorprender. Todo se reduce al lado en que se paren en cada oportunidad y conforme a eso, si nos animamos un poquito más, a la versión que mejor pega en los medios, cuyo mejor cuco es un menor de edad.

Tomemos por ejemplo, la infancia y la adolescencia, mercancía de cambio si las hay. Muy duro, ¿no? Pero cierto, tan cierto que hoy no sólo sirven para conformar nuestras proyecciones personales o familiares, o para mantener el espíritu gregario sumando prole, sino que dan para todo. Pueden ser víctimas de un secuestro para saldar viejas deudas, de conocidos o las ambiciones de policías corruptos; pueden ser mano de obra barata para hacer una red pedigüeña o de venta de lo que se pueda e incluso no se deba vender. Sirven para abusarlos de todas las maneras inimaginables; si no, que lo digan los padres de los niños católicos estadounidenses, donde debieron poner confesionarios transparentes para frenar esos abusos.

También podemos hablar de los niños/as en la guerra, sector que pone la mayor cantidad de víctimas o las niñas y niños obligados a ejercer sexo a cambio de monedas o un litro de leche para saciar el hambre. Los chicos/as trabajadores desde la más tierna infancia, porque son más precisos, caben en lugares donde no entran los adultos y resultan mucho más económicos. También sus cuerpos menudos ingresan por huecos donde no puede ingresar un cuerpo ya desarrollado y entonces son aprovechados para el asalto a la propiedad, o juegan con su condición de inimputables y los mandan al frente o, peor todavía, son la avanzada en un hecho delictivo ya que si los matan, pocos serán los que los lloren o nadie escuchará a quien lo hace.

Hoy por hoy, a través de la Convención Internacional de los Derechos del Niño y del art. 75 inc. 22 de la Constitución Nacional, queda claramente prefijado la condición de *sujeto de derecho* de los menores de 18 años, así se encuentren en la etapa del biberón. Sin embargo, esto parece todavía letra muerta en los grandes lineamientos legislativos y políticos, que darán el marco adecuado a esa condición.

No sólo está vigente y en pleno funcionamiento la 10.903 que rige desde el año 1919, que tiene espíritu posesivo y dispositivo sobre los menores de edad, porque está basada en la vieja y decadente teoría de niño objeto de derecho, sino que hay nuevos cultores de la apropiación. Lo cual se refleja en proyectos, donde podemos encontrar expresado de modo textual el sentido de posesivo del patronato. En primer término respecto de la edad, y en segundo término respecto de la acción. Bajar la edad de imputabilidad a 14 años es barrer los problemas debajo de la alfombra. No cabe ninguna duda de ello. En cuanto a la acción, si por más de 80 años rigió un sistema que no aportó soluciones ciertas, como ocurre con la Ley de Patronato, pretender que leyes actuales imbuidas del mismo espíritu de esa ley lo hagan es muy poco serio. Como diría un amigo experto en temas jurídicos: "Estas cosas sirven sólo para los perejiles". Esta acotación que cada cual la anote en su agenda como le guste, pero es así.

Además de hacer un exhaustivo análisis para saber a quién le sirve mejor aumentar el presupuesto burocrático, si al burócrata o al internado de 14 años, también debemos preocuparnos por empezar a recorrer un serio camino de equilibrios. Porque todavía abundan aquellos cultores de la Inquisición, para quienes donde hay un niño o una niña, donde habita una o un adolescente, es donde se desatan los demonios. Es la mejor manera queencuentran los que tienen espíritu opresor para manifestar su lujuria, siempre amparados en el oscurantismo de las instituciones y en el poder adulto de impartir la ley y el orden.

Asomarse al nuevo milenio, para los/as adolescentes "feos, sucios y malos" (como seguramente resultarán los de la franja a punir, en reemplazo de los lustrabotas y los canillitas del 900), puede seguir siendo, como entonces, adentrarse en las mazmorras, correr el riesgo de deambular por el orden silente del autoritarismo. Nadie dice ni quiere que un chico de doce o catorce años ni de ninguna edad lo asalte a mano armada. Pero tampoco nadie quiere que desde cualquier lado, sea empresa, servicio o institución, se lo asalte todo el tiempo bajo el lema de la legalidad y la legitimidad de papeles trasnochados, y es lo que está pasando permanentemente. Cada cosa en su lugar...

Nuevos ruidos en las calles, reclamos por el hambre, cuestionamientos a las instituciones, pedradas contra los escudos y cascos policiales, asaltos adolescentes, no se resolverán con leyes más duras ni con castigos a más temprana edad. Se resolverán saneando desde la base distributiva, con honestidad, con políticas públicas adecuadas, con servicios accesibles, con creación de fuentes de trabajo para adultos, con chicas y chicos que sientan que otra Argentina es posible. Porque no se les miente más, porque hay conjunción de políticas macro y políticas microeconómicas, aunque no le guste al FMI. Porque se restablecen los valores y se deja esta maldita costumbre de medir con la vara hacia abajo, que instauró el neoconservadurismo para dominar mejor a los debilitados. Porque es tiempo de que los adultos ocupen su lugar en la construcción de una salida de la crisis y los menores de edad sientan que el futuro es posible, sin "riesgo moral o material estampado en la frente" desde el momento de nacer.

* *Foros Ciudadanos para la Transformación.*

RAMOS GENERALES

Hamburguesas vs. tamales



Hamburguesas contra tamales. ¿Una antigualla? No, una modernidad. El pintor y escultor mexicano Francisco Toledo lidera un movimiento ciudadano para impedir la apertura de un McDonald's en el centro histórico de la ciudad de Oaxaca. La comida tradicional de esa región mexicana es tenida por una de las más variadas y ricas del país. Incluye tamales, saltamontes fritos y el mole, una salsa que se las trae de picante. El artista norteamericano Jonathan Barbieri, radicado desde hace dos décadas en Oaxaca, hizo declaraciones de converso: "El alimento biológico que proporciona el imperio a través de empresas como McDonald's, insípido, sin características regionales o únicas, crea una especie de alimentación conformista no sólo para el organismo sino también para el alma". Renombrados intelectuales mexicanos como Carlos Monsiváis o Elena Poniatovska se sumaron recientemente a la campaña. Francisco Toledo entregó al alcalde de Oaxaca un petitorio con más de 7 mil firmas contra la instalación del local de comida chatarra en los portales de la plaza principal, que limita con la impresionante catedral histórica. Las autoridades locales habían dado el visto bueno para la llegada de las hamburguesas, por considerar que no afectaban el patrimonio cultural, pero el movimiento ciudadano habla de "contaminación visual", y arremete con marchas de escritores, pintores, escultores y vecinos de Oaxaca, que gritan: "En defensa de nuestro patrimonio, ¡viva el tamal!".



las chicas no lloran

Hilary Swank, ganadora del Oscar por "Los muchachos no lloran", vuelve la semana próxima a las pantallas con "Las noches blancas". La joven y potente actriz norteamericana tiene un pasado duro, una infancia transcurrida durmiendo en autos, y un coraje a toda prueba para conseguir los papeles que le interesan.

POR MOIRA SOTO

La chica de mandíbula descollante y frente despejada se recogió el pelo castaño dentro de un sombrero de cowboy que le había costado un dólar, se fajó los pechos, se puso uno de los trajes de su marido acomodando una media gruesa retorcida en la entrepierna y tocó el timbre en el sitio donde se hacían las audiciones para un film de bajo presupuesto, *Los muchachos no lloran*. Buena señal: el portero la confundió con un varón y la hizo subir.

Las pruebas para el papel de Teena Brandon, o Brandon Teena –como eligió llamarse este trágico personaje de la vida real– las venía haciendo desde hacía un par de años la joven guionista y directora Kimberly Peirce, enamorada de esa chica que se convirtió en el chico favorito de Falls City, amigote de los rudos varones y asimismo galán encantador según las vecinas del lugar. Brandon Teena-Teena Brandon había llegado como un forastero más a ese pueblo perdido de Nebraska en 1993, muy dispuesto/a a afirmar la que consideraba su verdadera identidad. Es decir, asumirse como varón, aunque su cuerpo era el de una mujer. De modo que no sólo adoptó vestuario y modales de chico sino que también dio vuelta su nombre. Durante un tiempo, a Brandon lo quiso todo el mundo: los tipos porque era un perfecto camarada, las minas por sus adorables gentilezas. "Besaba como nadie", "Un perfecto caballero", le comentaron entre suspiros las chicas a Kimberly Peirce cuando investigó sobre esta audaz persona que se reinventó a sí misma siguiendo su deseo, se enamoró de la novia de uno de sus amigos, y terminó cruelmente violada y asesinada.

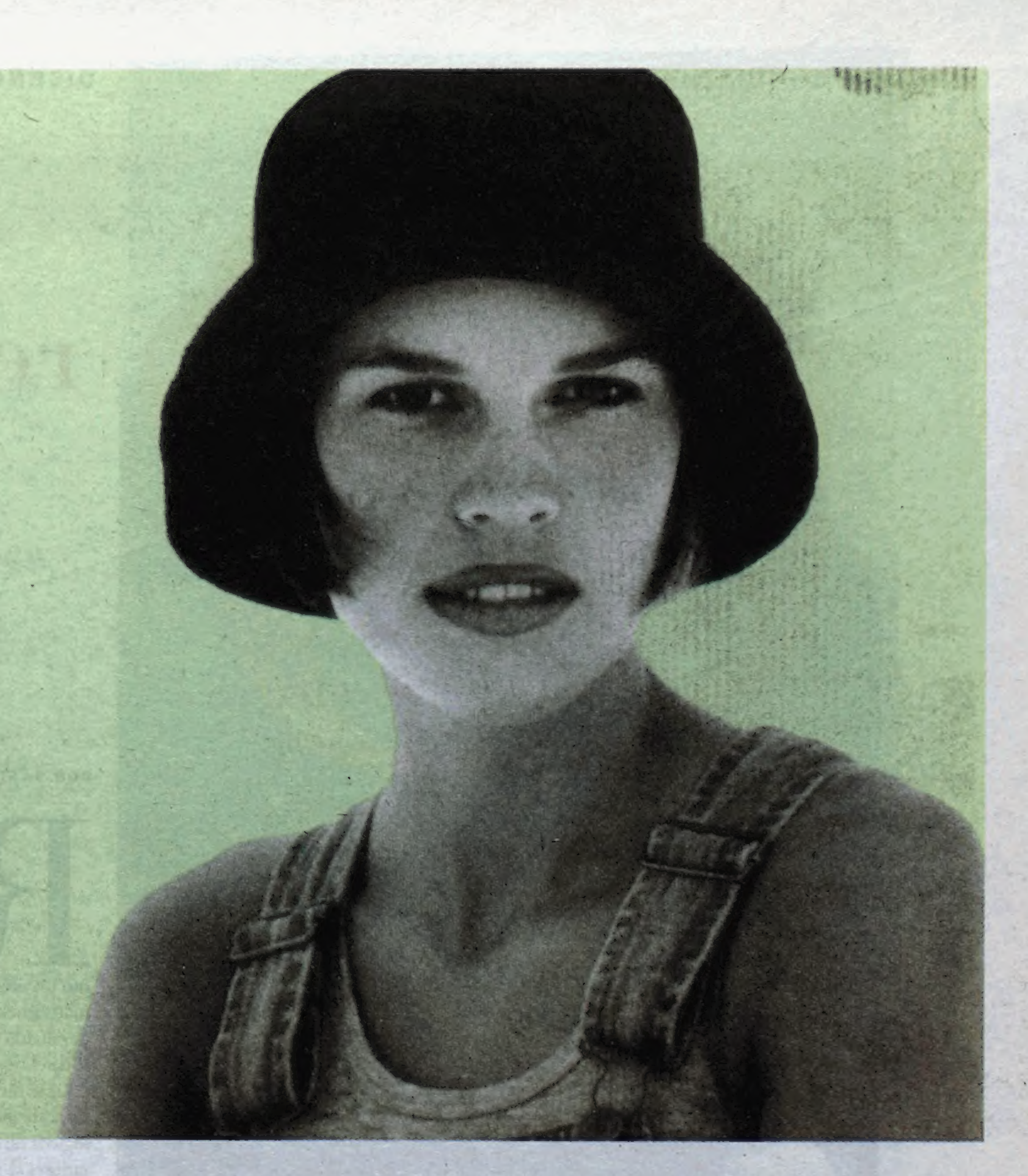
Este era el personaje que se moría por hacer la chica de la mandíbula cuadrada, sin antecedentes de peso como actriz, después de haber leído el guión de Peirce. Hilary Swank apareció entonces ante la cineasta que sólo tenía un cortometraje en su haber (*The Last Good Breath*), a estas alturas ya desesperada por dar con su intérprete. Hilary sonrió con todos sus dientes –que son muchos– y los ojos brillantes, dijo que era de Nebraska –había aprendido el acento practicando con un casete–, que tenía 21 años (eran 24). A Kimberly le encantó el atrevimiento de esa chica, que además se parecía al original. Le preguntó por qué había mentido. "Brandon también lo habría hecho", le soltó tan fresca Hilary, dándose cuenta de que el papel ya era suyo ante la expresión de alivio de Peirce. A la chica que venía de pasar privaciones desde chiquita, que siempre había sido respaldada por su madre en su deseo de ser actriz pero que, hasta ese momento, no había conseguido descollar ni un poquito, sólo le hizo falta trabajar la voz para volverla más grave, cortarse el pelo bien cortito, practicar un poco durante un mes vestida de varón (incluso hizo intentos de ligar con algunas chicas)...

¿Hace falta decir que cuando llegó el momento del rodaje Hilary Swank ya era Brandon Teena? A 75 dólares por día, en un poco más de tres semanas rindió una actuación tan intensa y matizada, de una ambigüedad tan sutil y conmovedora, que la crítica se prosternó y empezaron a llover los premios, hasta arrebatar el mismísimo Oscar.

Entregada por completo a su personaje, la actriz, que nunca había tenido dudas sobre su orientación sexual, dice que "llegó un momento en el que sentí que estaba perdiendo hasta la última gota de Hilary, que ya no iba a volver a ser yo misma, pero ahí fue cuando irrumpió mi marido a visitarme y me rescató. Cuando terminó el rodaje, lo primero que hice fue depilarme las axilas, las piernas, las cejas, todo. Sin embargo, fue interesante dejar la duda sembrada: en esa época iba con mi marido al restaurante y el mozo me llamaba señor. En vez de corregirlo, me alegraba: '¡Vaya, se lo han creído realmente!'. El tema de la apariencia exterior me llevó a reflexionar, a replantearme ideas recibidas: aprendí mucho sobre la condición humana y sobre mí misma. A menudo emitimos juicios taxativos sobre otras personas a la velocidad del rayo. Y no sólo sobre su sexualidad, también sobre su clase social, su origen étnico... Creo que me he vuelto más abierta y tolerante".

SUBIENDO LA CUESTA

¿Se acuerdan cuando el anteaño, en la transmisión de la ceremonia de entrega de los Oscar, apareció Hilary Swank rutilante, con un corte fashion y reflejos en el pelo, enfundando su cuerpo sinuoso en un Valentino dorado, muy escotado? El suyo era un Oscar cantado y, aunque ya se estaba hablando mucho del film *Los muchachos no lloran* y de la actuación de esta chica atractiva, de una belleza moderna y deportiva, más de una se habrá preguntado en dónde estaba escondido ese talento interpretativo, de qué manera lo había desarrollado. Y la verdad es que, salvo una serie de papelitos en producciones más o menos adocenadas, Hilary no tuvo preparación formal como actriz. Peor aún, esa joven mujer glamorosa, con un toque de distinción y transida de emoción, que recibía el Oscar en el 2000, tuvo una infancia dura, pasó hambre, soportó las burlas de sus compañeros de colegio ante su evidente pobreza. Probablemente, H.S. comprendió tan profundamente a Brandon Teena porque ella mis-



ma se sintió una marginada cuando de niña vivía con su madre en un estacionamiento para casas rodantes, en Washington, y apenas les alcanzaba el dinero para compartir un desayuno al día.

Cuando Hilary cumplió los 15, partió hacia Los Angeles con su progenitora, que había ahorrado unos poquitos dólares. Obviamente, el objetivo era que la adolescente buscase oportunidades como actriz. Pasaron momentos difíciles, tuvieron que vivir un tiempo en un auto abandonado. Pero mamá Swank no aflojó, consiguió trabajitos temporarios, acompañó a su hija a muchos castings. Así fue que Hilary consiguió pequeñas participaciones en series como "Growing Pains". Pasaron un par de años y el panorama pareció mejorar: la adolescente consiguió un papel secundario en el film *Buffy, la cazavampiros* (aquí sólo editado en video) y otro en la serie de moda "Beverly Hills 90210". Cuando Hilary ya se creía que se le estaban cumpliendo los sueños, y además empezaban a tener ella y su madre una vida más confortable, el productor Aaron Spelling decidió sacarla de la serie, pretextando que lo suyo no funcionaba.

En los seis años siguientes las propuestas que recibió fueron modestas en todo sentido (poca guita, personajitos olvidables, producciones de cuarta). Afortunada en el amor, a los 18 conoció a Chad Lowe –el que fue con ella a la entrega de los premios de la Academia, y la sigue acompañando en la vida–, se enamoró, se fue a vivir con él y se casaron en 1997. Dos años después, Hilary conseguía el rol principal de *Los muchachos no lloran*.

LA LECCION DEL MAESTRO

Así como en un momento la carrera de Hilary Swank corrió el riesgo de estancarse en una oscura medianía sin obtener nunca un rol principal, después de ganarse el Oscar pareció que la alcanzaba esa especie de maldición que cada tanto cae sobre algunas figuras premiadas –Elizabeth Shue, Mira Sorvino– que después de la estatuita no logran del todo levantar cabeza en su profesión. El nombre de Swank, en el momento de mayor suceso, sonó para sustituir a Jodie Foster en Hannibal, para estar en *Gangs of New York...* pero nada. Si bien es cierto que la oscarizada Hilary se tomó un tiempito para salirse de Brandon Teena y rechazó algunas propuestas que no la convencieron, desde *Los muchachos no lloran* apenas tuvo una interesante participación en *Premonición* y un protagónico relativamente logrado –por el bajo vuelo del film– en *The Affair of the Necklace*, de Charles Shyer, en donde interpreta a la condesa Jeanne de la Motte-Valois, en ardua lucha por recuperar su título a fines del siglo XVIII.

Que la impresionante actuación de H.S. en *Los muchachos...* no fue una mera cuestión de azares afortunados convergentes –su pasión por el personaje, conocer el guión a tiempo, la dirección de Peirce– lo demuestra su inteligente actuación en *Noches blancas* (*Insomnio*), estreno de la semana próxima dirigido por el brillante Christopher Nolan, con un reparto que encabeza el príncipe de actores Al Pacino. En este film, Hilary encarna a una policía novata pero muy despierta, apasionada por su trabajo y con claras ideas morales. Una vez más, Christopher Nolan vuelve sobre el tema de la memoria, de la alteración que provoca su pérdida, al tiempo que revisa a su manera los códigos del cine negro. Si en *Memento*, Shelby es incapaz de retener lo que sucedió cinco minutos antes y por eso necesita anotar todos sus actos y tatuarse recordatorios, en *Noches blancas* el detective Dormer –a causa del insomnio– empieza a perder sentido de realidad, a confundirse, a extraviarse. Will Dormer (un nombre que viene con guiño) ha llegado a un pueblito de Alaska para investigar el crimen de una adolescente, en compañía de Hap Finch. Un colega que además trabaja para Asuntos Internos en una investigación sobre los procedimientos heterodoxos –pero bienintencionados– de Dormer. Una muerte accidental, el insomnio que no cede bajo el sol de medianoche, un psicópata que sabe demasiado y se aprovecha de la fragilidad creciente de Dormer... Y en el medio Ellie, una chica algo pajuerana que ha visto fascinada llegar a su ídolo, bebiéndose sus palabras, observando sus gestos, tratando de adivinar su pensamiento. Ellie –intuitiva, lúcida– caza al vuelo las lecciones del maestro y avanza certeramente en una investigación, comprometiendo a ese detective muerto de sueño que cierra su clase con una lección de integridad moral.

En las entrevistas de promoción de *Noches blancas*, ya de regreso en los Estados Unidos, con la beba del director Nolan en los brazos y vigilando a los gemelos de año y pico –nene y nena– de Al Pacino, a Hilary se la ve feliz de haberse topado con Ellie en ese trayecto iniciático, de haber comprendido y transmitido la evolución de ese personaje que primero idealiza a Dormer, luego descubre su doblez y finalmente lo estima en su imperfección. "Mi experiencia de trabajar con Al guarda algún paralelo con la de Ellie. Por ejemplo, supe enseguida cómo se sentía ella: tan emocionada como yo en presencia de un actor tan genial, el mejor de todos, además una persona tierna y encantadora en el trato cotidiano", dice la actriz que será una astronauta en su próximo film, *The Core*. Entretanto, confiesa que le encantaría estar alguna vez en la serie "The West Wing", en la que actúa su cuñado Rob Lowe, "pero él no se da por aludido pese a mis reiteradas indirectas...".

recuperar el es

POR SANDRA CHAHER

Restaurador: "El que restablece una cosa en su primer esplendor, el que repara y da nueva existencia", dice el enciclopédico diccionario Larousse. Como un médico o un artesano, aunque llamativamente el oficio del artesano está tan devaluado para la misma enciclopedia que le da el significado de "persona que ejercita un arte mecánico", no un arte creativo. En fin, categorizaciones con resabios terminológicos de la "alta cultura". Hoy los restauradores se reivindican orgullosos como artesanos de su oficio, por el trabajo minucioso, imaginativo y amoroso con que encaran la recomposición de sus piezas.

Claudio y Gerardo Caruso son los dueños de Gropius, una casa que vende muebles restaurados de las décadas del '50, '60, y '70 y algo de art decó, el estilo con que más se entusiasmaron cuando empezaron en el negocio en el año '95. En esa época Gerardo fue a un remate para remodelar su casa y vio muebles que le gustaron sin poder identificar claramente qué eran. Junto con su hermano empezaron a comprar hasta llenar un galpón. Claudio dejó de ser mayorista de repuestos de autos y como "siempre tuve habilidad con las manos" se dedicó apasionadamente a restaurar objetos durante 9 meses. Leyeron, se formaron, y poco a poco el art decó los llevó al futurismo norteamericano y al racionalismo. Hace dos años y medio mudaron el local de la calle Bonpland a uno nuevo en Honduras al 5800 donde siguen la línea de restauración original de muebles de época, y hace un mes y medio abrieron un segundo local –en parte también por pasión y en parte porque necesitaban una alternativa económica rentable, ya que el margen de ganancia en la restauración decayó mucho desde diciembre– en el que la faceta creativa se trasladó de la recuperación al diseño y la imitación: venden muebles y objetos hechos hoy en la Argentina, cuyo diseño está dirigido por ellos, que son copias de piezas tan famosas que figuran en catálogos, como las sillas de cartón corrugado de Ellen Gray, o los objetos de Fran Gehry o Pierre Poulin.

Claudio acaba de llegar de un viaje por distintas provincias donde recorrió casas particulares, remates y negocios para comprar objetos "restaurables". El resultado fue llegar a Buenos Aires y darse cuenta que tenía que modificar la lista de precios porque estaba vendiendo piezas restauradas por menos dinero del que le pedían por algunas similares sin restaurar. El mercado cambió. "La gente antes no sabía qué valor darle a ese mueble que tenía y que había comprado 40 años atrás, pero hoy los ven en las revistas, en los negocios, y me encontré con que me pedían por una mesa de los años '60, mil doscientos pesos y yo las estaba vendiendo más baratas." En la trastienda de Gropius está la mercadería recién traída que pasará por las manos de tapiceros, lustradores, electricistas. Los colores, las texturas para retapizar un sillón se copian de catálogos con originales de la época. Hasta diciembre, conseguir las telas era relativamente sencillo, ahora importar es carísimo y acá prácticamente no se fabrican las texturas de antaño, más allá del aumento de los precios locales. "El cuero podía haberse incrementado un 20 por ciento teniendo en cuenta que las tintas y los químicos son extranjeros, pero al ser un 'bien exportable' el metro que antes te costaba 21 pesos, ahora lo pagás 106." En el local hay varios silloncitos naranjas y negros. Quizá no el mismo que está hoy de moda, pero uno bastante similar era también el que fascinaba a nuestros abuelos. Y el revival de los '90 es el que hizo que la mitad del siglo pasado se volviera un período atractivo y fascinante. Muchos de los clientes de los Caruso son embajadores, ejecutivos extranjeros, o argentinos que dejan el país y se llevan la casa montada porque los originales restaurados en el exterior les costarían carísimo, y eso si llegaran a encontrarlos. Y del mismo proceso emigratorio local surgen también algunos de los muebles originales que ingresan al taller para "retocar" (porque, en esto coinciden los restauradores, se



recuperar el esplendor

El oficio de **restaurador** tiene hoy en la Argentina un mercado en expansión, no ya por el arrasado poder adquisitivo sino por el valor que se le sigue dando a la estética de décadas pasadas.

POR SANDRA CHAHER

Restaurador: "El que restablece una cosa en su primer esplendor, el que repara y da nueva existencia", dice el enciclopédico diccionario Larousse. Como un médico o un artesano, aunque llamativamente el oficio del artesano está tan devaluado para la misma enciclopedia que le da el significado de "persona que ejercita un arte mecánico", no un arte creativo. En fin, categorizaciones con resabios terminológicos de la "alta cultura". Hoy los restauradores se reivindican orgullosos como artesanos de su oficio, por el trabajo minucioso, imaginativo y amoroso con que encaran la recomposición de sus piezas.

Claudio y Gerardo Caruso son los dueños de Gropius, una casa que vende muebles restaurados de las décadas del '50, '60, y '70 y algo de art decó, el estilo con que más se entusiasmaron cuando empezaron en el negocio en el año '95. En esa época Gerardo fue a un remate para remodelar su casa y vio muebles que le gustaron sin poder identificar claramente qué eran. Junto con su hermano empezaron a comprar hasta llenar un galpón. Claudio dejó de ser mayorista de repuestos de autos y como "siempre tuve habilidad con las manos" se dedicó apasionadamente a restaurar objetos durante 9 meses. Leyeron, se formaron, y poco a poco el art decó los llevó al futurismo norteamericano y al racionalismo. Hace dos años y medio mudaron el local de la calle Bonpland a uno nuevo en Honduras al 5800 donde siguen la línea de restauración original de muebles de época, y hace un mes y medio abrieron un segundo local –en parte también por pasión y en parte porque necesitaban una alternativa económica rentable, ya que el margen de ganancia en la restauración decayó mucho desde diciembre– en el que la faceta creativa se trasladó de la recuperación al diseño y la imitación: venden muebles y objetos hechos hoy en la Argentina, cuyo diseño está dirigido por ellos, que son copias de piezas tan famosas que figuran en catálogos, como las sillas de cartón corrugado de Ellen Gray, o los objetos de Fran Gehry o Pierre Poulin.

Claudio acaba de llegar de un viaje por distintas provincias donde recorrió casas particulares, remates y negocios para comprar objetos "restaurables". El resultado fue llegar a Buenos Aires y darse cuenta que tenía que modificar la lista de precios porque estaba vendiendo piezas restauradas por menos dinero del que le pedían por algunas similares sin restaurar. El mercado cambió. "La gente antes no sabía qué valor darle a ese mueble que tenía y que había comprado 40 años atrás, pero hoy los ven en las revistas, en los negocios, y me encontré con que me pedían por una mesa de los años '60, mil doscientos pesos y yo las estaba vendiendo más baratas." En la trastienda de Gropius está la mercadería recién traída, que pasará por las manos de tapiceros, lustradores, electricistas. Los colores, las texturas para retapizar un sillón se copian de catálogos con originales de la época. Hasta diciembre, conseguir las telas era relativamente sencillo, ahora importar es carísimo y acá prácticamente no se fabrican las texturas de antaño, más allá del aumento de los precios locales. "El cuero podía haberse incrementado un 20 por ciento teniendo en cuenta que las tintas y los químicos son extranjeros, pero al ser un 'bien exportable' el metro que antes te costaba 21 pesos, ahora lo pagás 106." En el local hay varios silloncitos naranjas y negros. Quizá no el mismo que está hoy de moda, pero uno bastante similar era también el que fascinaba a nuestros abuelos. Y el revival de los '90 es el que hizo que la mitad del siglo pasado se volviera un período atractivo y fascinante. Muchos de los clientes de los Caruso son embajadores, ejecutivos extranjeros, o argentinos que dejan el país y se llevan la casa montada porque los originales restaurados en el exterior les costarían carísimo, y eso si llegaran a encontrarlos. Y del mismo proceso emigratorio local surgen también algunos de los muebles originales que ingresan al taller para "retocar" (porque, en esto coinciden los restauradores, se compra lo que está en buen estado: un sillón sin resortes o una lámpara sin tulipa sería imposible de restaurar porque los originales ya no se fabrican). Un director de cine, por ejemplo, antes de irse a vivir a Europa le vendió a Caruso una colección de sillas originales del diseñador italiano Mario Botta que ahora se lucen en el local. "Cada vez viene más gente que te dice que quiere vender todo porque deja el país."

PASION POR LO ORIGINAL

En un devenir que acompaña al de las personas, estos muebles que bajaron hace 50 o 60 años de los barcos (traídos por esas familias de alcurnia que viajaban a Europa por varios meses), hoy retornan a sus ciudades de origen acompañados de otros dueños. Más allá del gusto, ¿no es más práctico comprar muebles nuevos en el nuevo país? "Yo creo que quienes buscan un mueble antiguo, quieren algo cargado de vivencias anteriores, en contraposición con la frialdad de lo nuevo, sin uso." Pancho Salomón también es restaurador, dueño de La Pasionaria, un local que durante una década se destacó en la solitaria esquina de Aráoz y Gorriti, y que acaba de mudarse a Godoy Cruz al 1500, también en Palermo. Primero, igual que los Caruso y que muchos restauradores, Pancho fue coleccionista de muebles y objetos que le gustaban "por olfato". Después también leyó, afinó el gusto, devino restaurador, y más tarde diseñador. Desde hace unos seis años modifica algunas piezas respetando los materiales de la época pero redefiniendo el uso, el tamaño, o algún detalle arbitrario. Un sillón de dos cuerpos puede transformarse en uno de cuatro si el cliente tiene un ambiente grande, pero se respetarán las patas, los resortes y el diseño original. Una mesa redonda de los años '50 adquiere un nuevo uso al instalarle en el medio una inmensa tulipa en forma de huevo que le otorgará una función lumínica adicional, una antigua mielera de níquel en forma de mosca tiene sus réplicas en bronce y cobre y ahora es un pequeño portalámparas.

El encuentro con los objetos fue volviéndose, en su caso, cada vez más sutil, escondido. Al comienzo, hace trece o catorce años, llenaba de muebles un departamento que tenía en Congreso con las pichinchas que encontraba en las recorridas por el barrio. Tocaba el timbre de porterías, negocios, casas que sabía que estaban por desalojarse. Sus tesoros de entonces fueron dos valijas de madera forradas en bronce que habían sido de la policía francesa –quién sabe qué misterio las había traído a Buenos Aires–, y una santería de la que se llevó todo el mobiliario. Ahora ya no va a remates, visita casas particulares y lugares que otros seleccionan por él. Hace poco se volvió de una empresa con la mesa y las sillas de la sala de directorio. Siempre muebles en buen estado. "Me gusta retocarles cosas esenciales y que sigan viviendo un poco más. Es como ayudar a que algo continúe dándole un refuerzo de vitaminas."

Junto con la restauración, apareció la necesidad de encontrar a esos viejos laburantes que heredaron de padres y abuelos oficios hoy desaparecidos: que saben reproducir un interruptor cromado, o crear una matriz de madera para hacer una pieza nueva que imita a las antiguas. "Muchos de estos muebles –en su caso, la selección temporal va desde comienzos hasta mediados del siglo pasado, también una línea racionalista, futurista y art-déco– fueron traídos de afuera, pero acá había también artistas increíbles, ebanistas por ejemplo. Muchos inmigrantes que trajeron su saber." Hoy Pancho terceriza la restauración en los descendientes de estos hombres, reservándose la dirección artística. ¿De qué depende que una pieza comprada sea devuelta a su forma original o transformada en otra cosa? De sus ganas, de lo que le surje en las recorridas por el galpón de Godoy Cruz junto a algún cliente. De los mismos pedidos de la gente. "Es muy importante la opinión profesional pero tenés que dejar un espacio a la creación del que va a usar eso. Quizá alguien me pide una mesa antigua pero donde van a comer sus hijos. Entonces yo no le voy a hacer una terminación de goma laca, como se hacía antes, porque no le va a durar nada. Se la termino diferente. El cliente es el que decide."





FOTOS: NORA LEZANO



plendor

El oficio de **restaurador** tiene hoy en la Argentina un mercado en expansión, no ya por el arrasado poder adquisitivo sino por el valor que se le sigue dando a la estética de décadas pasadas.


FOTOS: NORA LEZANO

compra lo que está en buen estado: un sillón sin resortes o una lámpara sin tulipa sería imposible de restaurar porque los originales ya no se fabrican). Un director de cine, por ejemplo, antes de irse a vivir a Europa le vendió a Caruso una colección de sillas originales del diseñador italiano Mario Botta que ahora se lucen en el local. "Cada vez viene más gente que te dice que quiere vender todo porque deja el país."

PASION POR LO ORIGINAL

En un devenir que acompaña al de las personas, estos muebles que bajaron hace 50 o 60 años de los barcos (traídos por esas familias de alcurnia que viajaban a Europa por varios meses), hoy retornan a sus ciudades de origen acompañados de otros dueños. Más allá del gusto, ¿no es más práctico comprar muebles nuevos en el nuevo país? "Yo creo que quienes buscan un mueble antiguo, quieren algo cargado de vivencias anteriores, en contraposición con la frialdad de lo nuevo, sin uso." Pancho Salomón también es restaurador, dueño de La Pasionaria, un local que durante una década se destacó en la solitaria esquina de Aráoz y Gorriti, y que acaba de mudarse a Godoy Cruz al 1500, también en Palermo. Primero, igual que los Caruso y que muchos restauradores, Pancho fue coleccionista de muebles y objetos que le gustaban "por olfato". Después también leyó, afinó el gusto, devino restaurador, y más tarde diseñador. Desde hace unos seis años modifica algunas piezas respetando los materiales de la época pero redefiniendo el uso, el tamaño, o algún detalle arbitrario. Un sillón de dos cuerpos puede transformarse en uno de cuatro si el cliente tiene un ambiente grande, pero se respetarán las patas, los resortes y el diseño original. Una mesa redonda de los años '50 adquiere un nuevo uso al instalarle en el medio una inmensa tulipa en forma de huevo que le otorgará una función lumínica adicional, una antigua mielera de níquel en forma de mosca tiene sus réplicas en bronce y cobre y ahora es un pequeño portalámparas.

El encuentro con los objetos fue volviéndose, en su caso, cada vez más sutil, escondido. Al comienzo, hace trece o catorce años, llenaba de muebles un departamento que tenía en Congreso con las pichinchas que encontraba en las recorridas por el barrio. Tocaba el timbre de porterías, negocios, casas que sabía que estaban por desalojarse. Sus tesoros de entonces fueron dos valijas de madera forradas en bronce que habían sido de la policía francesa –quién sabe qué misterio las había traído a Buenos Aires–, y una santería de la que se llevó todo el mobiliario. Ahora ya no va a remates, visita casas particulares y lugares que otros seleccionan por él. Hace poco se volvió de una empresa con la mesa y las sillas de la sala de directorio. Siempre muebles en buen estado. "Me gusta retocarles cosas esenciales y que sigan viviendo un poco más. Es como ayudar a que algo continúe dándole un refuerzo de vitaminas."

Junto con la restauración, apareció la necesidad de encontrar a esos viejos laburantes que heredaron de padres y abuelos oficios hoy desaparecidos: que saben reproducir un interruptor cromado, o crear una matriz de madera para hacer una pieza nueva que imita a las antiguas. "Muchos de estos muebles –en su caso, la selección temporal va desde comienzos hasta mediados del siglo pasado, también una línea racionalista, futurista y art-déco– fueron traídos de afuera, pero acá había también artistas increíbles, ebanistas por ejemplo. Muchos inmigrantes que trajeron su saber." Hoy Pancho terceriza la restauración en los descendientes de estos hombres, reservándose la dirección artística. ¿De qué depende que una pieza comprada sea devuelta a su forma original o transformada en otra cosa? De sus ganas, de lo que le surje en las recorridas por el galpón de Godoy Cruz junto a algún cliente. De los mismos pedidos de la gente. "Es muy importante la opinión profesional pero tenés que dejar un espacio a la creación del que va a usar eso. Quizá alguien me pide una mesa antigua pero donde van a comer sus hijos. Entonces yo no le voy a hacer una terminación de goma laca, como se hacía antes, porque no le va a durar nada. Se la termino diferente. El cliente es el que decide."





So you

Así se llama la nueva fragancia femenina de Giorgio Beverly Hills, que fue lanzada –¡sí, todavía se lanzan algo más que candidaturas!– la semana pasada. Con el inequívoco toque de las fragancias norteamericanas, fresca y sexy al mismo tiempo, "So you" suma a su identidad un aire maximalista a tono con las últimas tendencias.



Especialidades

Son las de Aguila, todas ellas emparentadas por el packaging azul Francia. Cuatro variedades: el barquillo, oblea rellena con un piso de chocolate; la minitorta, con doble relleno de dulce de leche y crema y su masa brownie; el biscuit, crocante galletita de miel y almendras, y el bizcochuelo, esponjoso y relleno de dulce de leche. Repostería casera para comprar en el kiosco.



Lengua madre

Se sigue dando los viernes a las 23.15 en El Portón de Sánchez (Sánchez de Bustamante 1034). El espectáculo está escrito y dirigido por Mariana Obersztern. Actúan Marta Lubos, María Merlino y Tatiana Saphir.



Chocolate familiar

Es de Nestlé, y es considerablemente grande: se trata de la nueva tableta de chocolate familiar, cuyo destino puede ser la taza pero también la repostería. El formato responde a las amas de casa que estén buscando buena asociación entre rendimiento y precio.



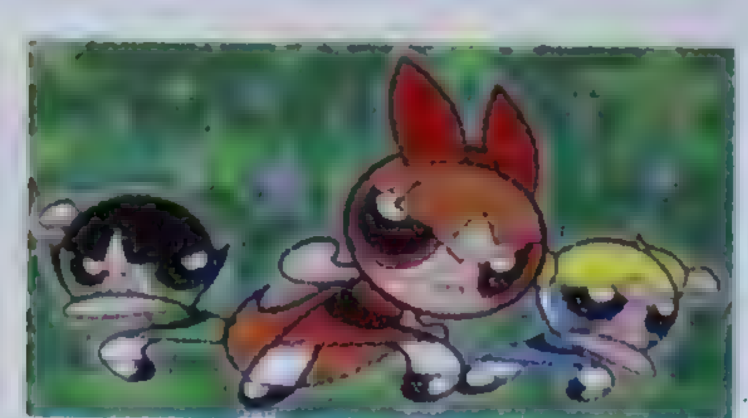
El dato

La campaña "el dato Granby", del conocido jabón en polvo, consistirá por un lado en dar a conocer su propio gran dato, que es el nuevo Granby Lavado Total, pero por otro, a través de distintos medios de comunicación, informarán sobre ofertas en indumentaria, paseos para la familia y consejos de rendimiento en belleza, ropa y hogar, entre otros datos útiles.



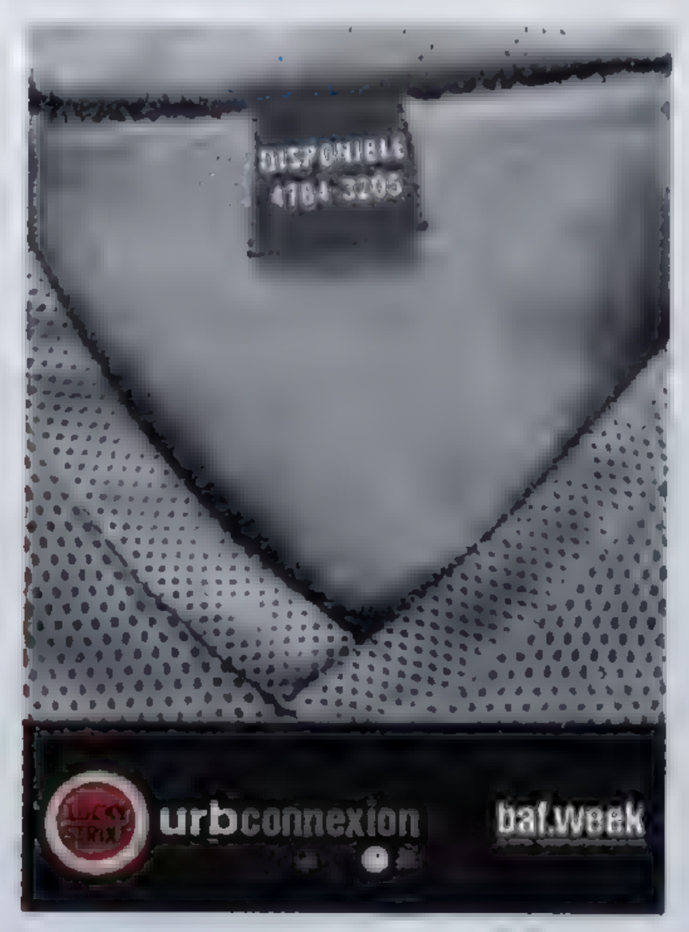
tarjeta cd

Movicom Bellsouth inaugura un nuevo servicio: una tarjeta CD que ofrece la posibilidad de cargar 20 pesos de comunicación en el Movicom y que además tiene incorporado un CD para escuchar en cualquier equipo de música. El que está en el mercado es de Memphis la Blusera.



Chicas y curitas

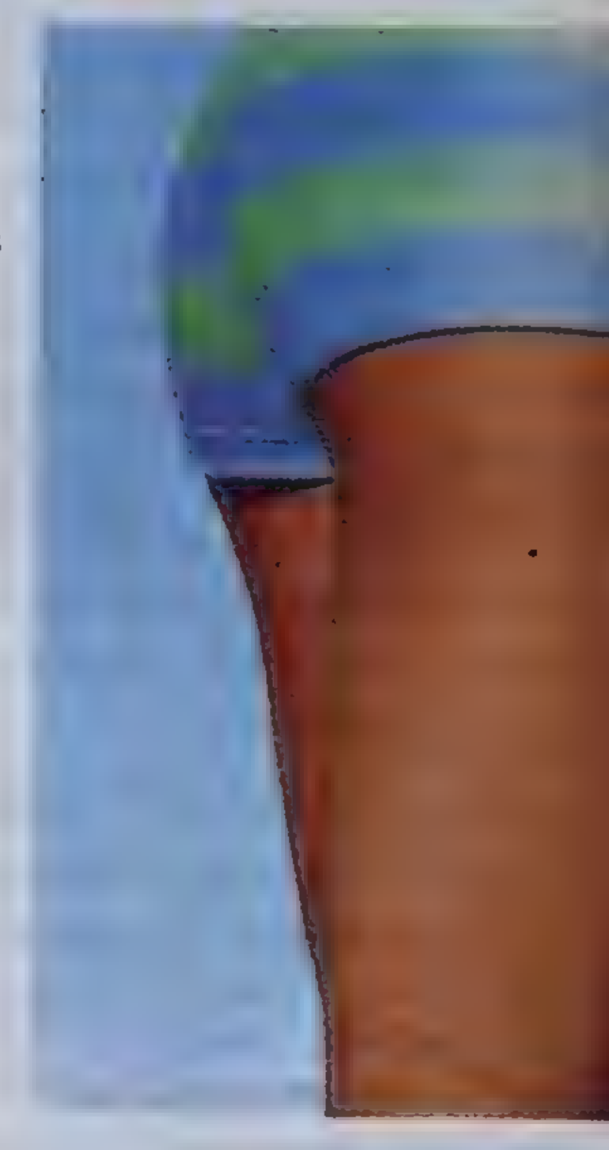
La nueva promo de Curitas encarna en Las Chicas Superpoderosas: hasta octubre, con la caja envase de apósitos vienen dos figuritas para completar el álbum "Este trío de super heroínas".



Lucky en la BAF

Lucky Strike seleccionó en un concurso de nuevos talentos a cuatro diseñadores nobeles que intervendrán, gracias a haber ganado, en la inminente (del 3 al 6 de setiembre) Buenos Aires Fashion Week. Se trata de Marina Andrea Casas, Gabriela Varela, Helga Díaz y Oscar Manuel Cantero. Los cuatro son estudiantes de entre 22 y 30 años que fueron elegidos por un jurado del que formaron parte, entre otros, los Hermanos Estebecorena, Nadine Zlotogora y Verónica Alfie.

Epa, la celulitis



Apenas asoman los primeros soles también asoma ella. Para combatirla existe, por ejemplo, "Percutafeine", de los laboratorios Pierre Fabre. Es un gel anticelulítico de mantenimiento que disminuye el almacenamiento de grasas, activa la eliminación y aminora el edema local, gracias a una concentración de cafeína. No posee efectos secundarios.

... y sus pies... ...tocaron la tierra".

Así se llama la obra que Periplo Compañía teatral presenta en El Astrolabio (Gaona 1360). Con dirección y dramaturgia de Diego Cazabat, actúan Martín Ortiz, Andrea Ojeda, Hugo de Bernardi y Julieta Fassone.

ANTICIPO

amigas mías

Así se llama la novela de **Angela Pradelli** que acaba de ganar el Premio Emecé 2002. Cuatro personajes femeninos, íntimamente femeninos, que juntos o separados van desfilando por los breves capítulos del libro, trabajados cada uno de ellos a la manera de un cuento.



POR ANGELA PRADELLI

Tenemos esa costumbre desde hace más de veinte años. Todos los treinta de diciembre salimos solas a cenar. Sin maridos, sin hijos, nada. Sé lo que piensan: no parece ninguna hazaña que un puñado de amigas salga a comer una vez por año. Bueno, depende.

Recuerdo ese fin de año en el que Patricia encontró la foto de una ex alumna de Andrés en su escritorio. Joven, pechos grandes, pelo negro. Lo que ella creyó entonces la primera infidelidad de su marido. Cuando ese treinta de diciembre Olga, Ema y yo llegamos a buscarla estaba tirada en la cama llorando.

–Vamos –le dijo Olga–, todos los hombres casados tienen historias con mujeres.

–Pará de llorar de una vez –le dijo Ema–. Siempre es lo mismo, todos los tipos después de los cuarenta se mueren por las de veintipico.

Esa noche nos emborrachamos las cuatro y terminamos cantando en una de las fuentes de la Avenida 9 de Julio. Ema se cayó dentro de la fuente y Patricia, Olga y yo nos tiramos para acompañarla. Algunas personas que pasaban caminando se pararon a mirarnos y unos tipos nos gritaron desde un auto. Nos reíamos a carcajadas y creo que las cuatro parecíamos felices.

O el año en que Ema tuvo su primer hijo. El bebé había nacido a principios de diciembre y Ema nos llamó el veintinueve para decirnos que suspendiéramos la cena. Las tres nos negamos.

–La posponemos, entonces –dijo Ema–. Podemos ir el mes que viene.

–No –contestamos nosotras–. Tiene que ser el treinta.

Ema argumentó razones lógicas. Que el bebé tenía apenas veinte días, que lo estaba amamantando, que todavía no se había repuesto de la cesárea, que el marido no iba a saber qué hacer cuando el bebé llorara. Pero nosotras volvimos a negarnos una y otra vez hasta que Ema aceptó venir.

La noche de la cena le hizo mil recomendaciones a su marido antes de salir y volvió a entrar cuatro veces a besar a su hijo en el moisés. Fuimos a comer comida china y convencimos a Ema de tomar café en el bar de la esquina del restaurante. Ema no quiso café, pidió un whisky. La mezcla le cayó pésimo. Había tomado vino en la comida y había brindado con una copa de sidra –invitación de los chinos.

Cuando volvimos a su casa Ema estaba borracha. Tenía una de esas borracheras alegres. Sentamos a Ema en un sillón mecedor para que diera de mamar a su hijo, y entre Patricia, Olga y yo logramos embocar la teta de Ema en la boca del bebé. El marido se quedó en la cocina preparándole café. Enojadísimo con Ema. A nosotras ni nos habló. Cuando nos fuimos, Ema seguía en la mecedora, riendo y hablando con su hijo en una lengua indescifrable y el bebé le contestaba con pequeños gorjeos.

O el año en que el padre de Patricia estaba internado. Ella no se movía del cuarto del hospital. El médico le había dicho que el estado era muy grave, que tenía pocos días de vida. Olga había hablado el día anterior con la enfermera del turno de la noche. A las diez de la noche del treinta llegamos las tres al hospital y le dimos a la enfermera una buena propina para que lo atendiera mientras Patricia no estuviera. Patricia le hizo jurar a la enfermera que lo cuidaría. Fuimos al único restaurante cercano al hospital pero Patricia no quiso quedarse. Los empleados de la municipalidad habían reservado mesa para setenta personas. Cuando entramos, los mozos nos dieron guirnaldas, papel picado, maracas y serpentinas creyendo que veníamos con el grupo de los municipales.

–Hay que despedir el año con alegría –nos decía el que repartía el papel picado en la entrada.

–Nos vamos –dijo Patricia.

Y nos fuimos las cuatro sin animarnos a devolver el cotillón.

Hacía ese calor pesado de diciembre.

Compramos una pizza y algunas latas de cerveza y cenamos en el patio del hospital. Ema y Olga se habían colgado las guirnaldas como collares.

Brindamos con las latas de cerveza sin animarnos a decir palabra. Ema, Olga y yo nos fuimos antes de las doce.

Dice Patricia que la enfermera estaba con el padre como se lo había prometido cuando ella llegó. Que el padre la miró, le sonrió y le preguntó con voz serena: "¿Llegaste?". Que murió unas pocas horas después, antes de que empezara a amanecer.

Hoy es treinta de diciembre otra vez. Habíamos quedado con Patricia en que a las diez pasaba por su casa a buscarla en un remise. A las ocho me metí en la ducha. A las nueve me pinté las uñas. Después me maquillé, me vestí y pedí un remise para las diez menos cuarto. La última semana había hecho una dieta para estar deshinchada esa noche. Cambié las cosas de la cartera y me miré por última vez en el espejo. Estaba deshinchada.



INTERNACIONALES

las afganas, *hoy*

Kandahar y Kabul ya no son lo que eran durante el reinado talibán, pero los cambios tampoco han llegado de pronto. Es muy lentamente que las mujeres van ocupando espacios y tomando decisiones, mientras salen a la luz las que, incluso durante el régimen fundamentalista, siguieron estudiando.

POR ANGELES ESPINOSA

A su edad, las afganas ya somos viejas", me confiesa Shiringul. Y eso que me he quitado un par de años por respeto. Ella ha cumplido pocos más que yo y parece mi madre. "¿En su país también prefieren tener niños que niñas?", pregunta mientras me mira desde unos ojos tristísimos que contradicen su amplia sonrisa. Shiringul ha tenido siete hijas. Una desgracia en una sociedad en la que los varones deciden hasta el nombre de sus mujeres cuando se casan. "Sí, en mi tiempo era así, pero mi marido no me lo cambió porque le gustaba Shiringul; ahora ya no se hace", concede. Sus palabras reflejan unos valores patriarcales y atávicos que los talibanes llevaron a su paroxismo encerrando a las mujeres en casa, por ley.

"Eran una banda de salvajes incultos", les describe esta mujer religiosa y tolerante. Ella no recibió en su día una educación completa, pero todas sus hijas han estudiado y, durante el régimen de los seminaristas, tuvieron profesores particulares. Shiringul, como la mayoría de las mujeres de su generación siempre llevó el burka para salir a la calle y nunca cuestionó su subordinación al marido, ha seguido casando a sus hijas como a ella la casaron sus padres; sin consultarles. Y sin embargo, su fortaleza y empuje al frente de la familia (el padre se ha refugiado en la jardinería desde que la guerra lo dejara sin trabajo) les han dado un modelo lejos de la sumisión y la complacencia que podría esperarse.

Su hija Roya ha heredado el espíritu de Malalai, la heroína que encarna la tradición de desafío de las afganas. Roya, una miniaturista vocacional que ha vuelto a sus estudios de pintura en la universidad, reta a los funcionarios inoperantes, a los vendedores del bazar y a cualquiera que intente arrinconarla, desde debajo de su burka agujereado. "He decidido que ya no voy a comprarme otro. Cuando éste se acabe, saldré a la calle a cara descubierta", anuncia decidida. Y es que en su ciudad, Herat, las autoridades locales no propician el cambio. "Ni siquiera hay una presentadora en la televisión", se queja Roya, "estamos peor que en Kandahar".

Como ocurría en la etapa talibán, allí donde las costumbres son más relajadas se imponen con más fuerza las leyes restrictivas. En Kandahar, la cuna de los seminaristas islámicos, las ONG tienen dificultades para reclutar al personal femenino. En la vecina provincia de Helmand, ni lo intentan. Durante mi visita a Lashkar Gah, su capital, varios hombres quedan impresionados por el dominio del darí de la traductora que me acompaña. Farida les explica que es originaria de Herat. "¡Ah!", asiente y, cambiando al pashtún, el otro idioma oficial, que asumen que ella desconoce, comentan entre ellos: "Fíjate a qué grado de perversión han llegado las mujeres de Herat". La "perversión" consiste en que Farida no utiliza el burka y viaja cubierta a la iraní, con un tupido guardapolvos de color verde oliva hasta los pies y un pañuelo en la cabeza.

Con el desalojo de los talibanes, las afganas han podido volver a la escuela, al trabajo y a la calle sin escolta masculina. Sin embargo, los avances que se exhiben en Kabul llegan muy atemperados al resto de Afganistán. Y es que el punto de partida era también diferente en provincias. En realidad, la ola liberal que se vivió en la capital a principios de los '60 nunca llegó muy lejos. Apenas un 10 por ciento de los afganos son capaces de leer y escribir en las zonas rurales. Y ese porcentaje se reduce significativamente en el caso de las mujeres. "Eso es lo verdaderamente grave y no el burka en el que tanto se fijan ustedes en Occidente", me espeta Zubaida.

Zubaida no es precisamente una mujer resignada. Casada y con cuatro hijos (tres niños y una niña), fue una de las dos únicas mujeres que siguieron trabajando en

AFP

Kandahar durante el régimen talibán. Y Kandahar era el feudo de esa milicia de extremistas islámicos. "Me encargaba de las áreas rurales remotas para el Programa Mundial de Alimentos" rememora como si hiciera un siglo de eso. Su atrevimiento le valió varias amenazas a su marido (que la acompañaba como chofer) y ser confinada un mes en casa en el 2000 tras la denuncia de un compañero de oficina. Ahora se ocupa del reparto de comida a los refugiados y no tiene que esconderse.

En cuanto abandonamos Kandahar, Zubaida se quita el burka y lo sustituye por un simple pañuelo de cabeza negro. En la ciudad la conocen y teme por su familia. Esa misma presión social, difícilmente perceptible por una extranjera, le impide enviar a su hija a la escuela. "He contratado una profesora para que le enseñe en casa porque de momento no confío en la situación como para enviarla al colegio", explica ante mi sorpresa. Por eso intenta que ahora la destinen a Kabul, una ciudad grande donde no la conozcan tanto y pueda pasar más inadvertida, una ciudad donde pueda mandar a su hija a la escuela y quitarse el burka sin llamar la atención.

No es un caso aislado en Kandahar, donde resulta difícil ver a niñas de uniforme yendo o volviendo de clase. Sólo un 9 por ciento de las niñas en edad escolar están matriculadas en las provincias del sur (frente al 45 por ciento en Kabul). "Si mis hermanas fueran a la escuela, los vecinos nos dirían de todo", admite Quadratullah, un joven relativamente instruido que se declara a favor de que las mujeres estudien. "Es mejor para ella", asegura, pero el peso de la tradición se impone. "Las personas educadas envían a sus hijas a la escuela, pero yo vengo de un medio sin mucha educación", justifica. Así que Quadratullah, que logró completar el bachillerato y aprender un inglés más que decente, ha optado por enseñar a sus hermanas en casa.

"Es una decisión de cada familia", defiende de Naquibullah, el segundo hombre más poderoso de Kandahar después del gobernador Gul Aghá Shirzai. El clérigo Naquibullah, que renunció a luchar por la ciudad para evitar un nuevo baño de sangre tras la expulsión de los talibanes, controla el aparato a través de sus comandantes. "Hay muchas maestras y muchas niñas que van a la escuela; como en la época del rey, vuelve a haber libertad para ello. Ahora bien, si no quieren ir, no es un problema", asegura convencido de que la educación es, como la guerra, una elección.

En Kabul nadie se atreve a defender que ir al colegio sea optativo, pero falta una acción más decidida en ese sentido. El tira y afloje que el presidente Hamid Karzai mantiene con los gobernadores, verdaderos amos y señores en sus respectivas áreas de influencia, eclipsa este asunto. Y sin embargo, el estatuto de la mujer revela como ningún otro asunto el tipo de país qué los afganos quieren tener. En el trasfondo se halla también el debate sobre el papel del Islam en el Estado, porque es la religión el argumento que utilizan los más reaccionarios para limitar su emancipación.

"El Islam no da a la mujer el derecho a ser presidente", se apresuró a proclamar Abdul Rahman Qarizada, uno de los delegados de la Loya Kirga (Gran Asamblea) el pasado junio, cuando Masuda Jalal se atrevió a competir con Karzai por la jefatura del Estado. En la calle, su intento no provocó aspavientos y muchos aplaudieron su valentía aún conscientes de sus escasas posibilidades. Masuda no proponía ninguna revolución en su programa. Al contrario, siempre cubierta, insistía en el Islam y sus valores. Pero su mera candidatura puso de relieve las diferencias e incluso contradicciones entre lo que los afganos entienden por Islam.

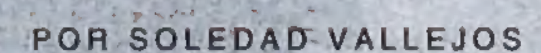
"No he fracasado, he ganado. No me he convertido en presidente, pero sí en un símbolo para las mujeres afganas" respondió satisfecha a quienes, como Qarizada, se alegraban de que no hubiese resultado elegida. "Las mujeres deben poder hacer todo en Afganistán, no sólo quedarse en casa", dice Masuda mientras sopesa si va a cambiar su empleo en una agencia de la ONU por la política. "Tiene que haber mujeres en todos los ámbitos de la sociedad, trabajando codo a codo con los hombres, en el marco de la cultura islámica", admite por su parte el nuevo presidente, atrapado entre su voluntad modernizadora y su conocimiento del conservadurismo que impera en el país.

Tal como evidenció la Loya Kirga, un pequeño pero activo grupo de mujeres desea un Estado laico que no imponga el velo o leyes patriarcales. Pero muchas otras se muestran a favor de un régimen religioso: las islamistas, a las que apoyan los ex mujaidín, obtuvieron la delantera. Las activistas laicas o musulmanas moderadas fueron descalificadas con una sola palabra: comunistas, todo un insulto en un país que culpa de su fracaso a la antigua Unión Soviética. Muchos afganos han olvidado que el espíritu de Malalai es anterior a la influencia soviética. Un siglo después de que aquella heroína hiciera justicia a la valentía de las afganas, fueron una vez más las mujeres las que echaron al invasor. Las revueltas estudiantiles contra los soviéticos partieron en gran medida de las escuelas femeninas. Las chicas lanzaban sus velos a los soldados afganos, a los que acusaban de falta de hombría por su apoyo al ocupante. Treinta de los 50 estudiantes que cayeron bajo las balas en abril de 1980 eran chicas. Centenares de chicas fueron encarceladas por su rebeldía.

En las bodas afganas, el novio ve por primera vez la cara de su prometida a través de un espejo. A partir de ahora, los afganos van a tener que acostumbrarse a mirar a sus mujeres frente a frente. Antes de despedirnos, Shiringul me confía una importante decisión que ha tomado con su marido. "A las dos hijas que nos quedan en casa vamos a consultarlas antes de casarlas. Ahora ya no hay temor de que puedan llevárselas los talibanes." Roya, de momento, ya ha dicho no a un pretendiente que rondaba a su padre. "Quiero terminar mis estudios", justifica.



Tiempos degenerados



POR SOLEDAD VALLEJOS

En el 2002, cuando la Argentina tiene un rumbo más incierto que en el 2001, el pequeño auditorio de la librería Gandhi (Corrientes 1743) está lleno de personas que creen que esa canción que dice "todos roban, todo aumenta, ya no hay ventas" fue escrita hace un par de meses por alguien de aquí. Aunque Alejandra Radano, Alejandra Perlusky y Diego Bros la canten vestidos, maquillados y sobre un escenario de riguroso blanco y negro, con la compañía de una orquesta en vivo. Pero letra y música son responsabilidad de Mischa Spoliansky y Marcellus Schiffer. Y, por cierto, la compusieron en 1931 para que sonara en noches de cabaret de Alemania. Tal vez por eso, más allá de la gracia, de los toques cómicos, la sátira y el recuerdo del glamour, haya algo, una suerte de placer escalofriante en eso de disfrutar del espectáculo *Canciones degeneradas*.

En los años 20, cuando la República de Weimar comenzaba a comprender lo que podía significar tambalearse, Berlín hervía: 120 publicaciones de todo tipo (diarios de izquierda, derechistas, pornografía a la moda) al alcance de la mano, el grupo de dadaístas y su teatro, los talleres de la Bauhaus, los ecos de la frustrada revuelta Espartaquista y sus muertos, una crisis económica en ascenso, el expresionismo, todo eso, definitivamente, no podía ignorarse en una sociedad que recelaba de la derrota de la Primera Guerra. Todo eso, y un poquito más, era el caldo de cultivo con la temperatura perfecta para que se fortaleciera un tipo de encuentro colectivo que, pocos años más tarde, el Führer bautizaría como "degenerado". El género, en verdad, venía de un poco más atrás, de cierta tradición de tabernas (surgidas hacia el siglo XV) frecuentadas por todo tipo de artistas con ganas de ver un buen espectáculo de canciones y sostener su vida social. Los franceses lo llamaban "cabaret". Cuando lo adoptaron, los alemanes lo prefirieron como *kabarett*. Lo diferenciaron rápidamente del entretenimiento puro y liviano para convertirlo en un lugar de creación, política, protesta y provocación. Y fue la resistencia que, valiéndose de la combinación en dosis exactas de intelectuales, cantantes, actrices, actores, músicos y plásticos, dejó una dolorosa crónica de la caída y la vida en entreguerras. Pero era, decíamos, "degenerado": *Entartete kunst*, como se llamó la muestra previa al remate de obras de arte pervertidas (gauguins, picassos, matisses, chagalls) que, con afán didáctico, Goebbels permitió ver a cerca de 3 millones de personas.

–Aunque tal vez, la palabra castellana más exacta para *entartete* sea "bastardo", o "desnaturalizado", los nazis denominaban "degenerado" a todo lo que no fuera ario puro. Y en el caso de la música, no sólo se consideraba degenerada a la música hecha por judíos sino también, por ejemplo, a la atonal. Entonces decidieron cuál era la tradición musical germánica y qué música era bastarda, y la música de cabaret era en esencia una parte preponderante de la música degenerada.

Desde que empezó el proceso de poner cuerpo y voz al servicio de su chica levemente pizpireta en *Canciones...*, pareciera que Alejandra Radano no puede vivir alejada de esos cuadernos que, con prolijidad y devoción, llenó de recortes con datos, fotos, comentarios, lo que fuera que pudiera acercarla a un mundo que ve muy lejos, pero demasiado cerca. Apenas se ayuda con ellos para recordar el año de esa exposición (1937), pero definitivamente no los necesita cuando dice que lo que más le impacta del show es que "de alguna manera tiene que ver con esto que estamos viviendo; no es lo mismo, no es la misma destrucción que en una guerra mundial, pero sí una destrucción". Y es que, a pesar de que el proyecto (delineado por su director, Fabián Luca) llevaba más de cuatro años esperando el momento indicado, podría generar un poco de escozor que sus días sean justamente éstos (aunque por poco tiempo, hasta fines de setiembre, porque Radano se va a trabajar a París) y no otros.

Canciones... no se trata de la exhibición de un rescate arqueológico ni estrictamente histórico del clima del cabaret. En una sala de butacas convenientemente dispuestas en escalera, un escenario pequeño con

Alejandra Perlusky y **Alejandra Radano** llevan adelante en la Gandhi el show de "Canciones degeneradas", cuyas letras podrían perfectamente hablar de aquí y ahora, pero provienen de la Alemania de los principios del '20, cuando todo bullía y a eso que bullía el Führer llamó más tarde "arte degenerado".



frontera bordada de lamparitas que salen del piso permite una sucesión de números cantados, bailados, actuados, con un sentido estético de lo político. Hay, básicamente, una lejanía y un deleite de cuantos trabajan allí en cierta forma de entender el arte teatral y musical, pero esa distancia se convierte peligrosamente en cercanía con pequeñas intervenciones del mundo real, como sucede con la proyección de un montaje de titulares de diarios argentinos recientes (musicalizada, casi como una película muda) durante un entreacto. Lejos pero cerca de lo cotidiano, hay, sin embargo, una propuesta para divertirse viendo los resultados de un juego.

–Nosotras trabajamos en conjunto, viendo películas, situándonos un poco en la época, si bien no es un espectáculo de época. Quisimos tener en cuenta, en determinados cuadros, un estilo, una forma de caminar, una forma de mirar. En las vamp ("¡Soy una vamp!", la canción de Mischa Spoliansky y Marcellus Schiffer en que una chica se define más o menos como la hija natural de Garbo, Dietrich y Pompadur), por ejemplo, tuvimos muy en cuenta el expresionismo y esa cosa al borde de lo grotesco de las poses. Veíamos películas de Marlene Dietrich y Greta Garbo, escuchábamos la forma de cantar, para que no todos los números fueran iguales –cuenta Alejandra Perlusky, la coequiper de Radano y Bros que, con 24 años, muestra en el espectáculo la promesa de una carrera más que interesante.

Alejandra Radano: –Y después intentábamos traducirlo a lo que es ahora, porque está claro que igual no va a ser. Los músicos clásicos dicen que nunca van a poder tocar una sonata de Bach como la tocaba Bach en su época. Es imposible, porque uno lleva encima la época. Entonces, eso también se rearma, pasa por el tamiz de la actualidad, y de ahí resulta el espectáculo. Igual que el vestuario, las coreografías salen de las canciones, todo tiene un valor teatral, nada está puesto porque sí. Capaz que lo intelectualizamos demasiado, pero cada gesto, cada cosa que está puesta tiene un motivo, "esto es por eso y porque leímos tal cosa".

Alejandra Perlusky: –Eso a mí me ayudó, porque te sumerge completamente en el estilo, te empapás de esas imágenes, y tratás de lavar un poco las tuyas, que son modernas.

Asombrosamente, cierta voluntad de democracia escénica (correlato, tal vez, del trabajo grupal que hay detrás del espectáculo) ha llevado a borrar una de las figuras centrales de lo que solía ser el *kabarett*: el presentador, en realidad, una suerte de maestro de ceremonias que daba el pase a cada uno de los actos y sentaba el tono general que tendrían las actuaciones de la noche. No era un rol menor en la Alemania de entreguerras, ése de pararse al frente del auditorio con los reflejos necesarios para interactuar con un público de lo más despierto y no tener temor a improvisaciones. La película *Cabaret* lo recordó con la presencia de Michael York, pero no siempre se trataba de un señor, como bien lo prueba la fama de que sabía disfrutar Rosa Valetti, reconocida por su habilidad para adaptarse a públicos de lo más disímiles.

A.R.: –Es que se quiso transmitir eso: no hay vedettismo. Es renunciar a eso para ponerte de verdad al servicio de una obra.

A.P.: –Es súper teatral. No es un recital de canciones, que estamos parados con un micrófono. Cada cuadro es una historia, y se canta porque se elige cantar. Podría recitarse todo, porque es teatro absoluto.

A.R.: –Elizabeth Schwarbock, una cantante alemana, decía que cada letra es una obra de teatro. Y son eso las canciones.

cuentas *fatalmente* pendientes

Mucho antes de que Marisa Paredes y Victoria Abril se despellejaran en *Tacones lejanos*, de que Shirley McLaine aplastara a Meryl Streep en *Recuerdos de Hollywood* entonando "I'm Still Here" (Todavía estoy aquí), o de que María Galiana y Ana Fernández se elevaran hacia una zona de entendimiento mutuo (comprender es siempre un movimiento ascendente, decía Simone Weill) en *Solas*, un sueco llamado Ingmar Bergman escribió y filmó en 1978 uno de los enfrentamientos más fuertes, profundos, crueles, intranquilizadores que se haya visto en el cine. Un medio en el que, sobre todo en años recientes, se multiplicaron las confrontaciones hija-madre (generalmente, son las chicas las que buscan ajustar cuentas, liberarse de la dependencia emocional...) Más vale tarde que nunca: el cine, en buena medida a partir de estudios de género, de ensayos como el de Adrienne Rich (*Nacida de mujer*) y de textos de ficción o autobiográficos escritos por mujeres, se hizo cargo de una relación tan compleja, de un vínculo de capital importancia ignorado prácticamente a través de siglos por el teatro.

"Toda madre aspira a conseguir el amor de su hija, a traspasar las barreras que impiden la comprensión. Toda hija sueña con merecer el afecto y la comprensión de su madre", decía Wayne Wang en la época en la que dirigió ese bello film –editado en video y que cada tanto se ve por cable–, *El club de la buena estrella*, acerca del intercambio afectivo y de saberes a lo largo de tres generaciones de mujeres, entre las que surgen identificaciones y rechazos, choques y reconciliaciones. ¿Es más difícil ser madre que hija? Según las historias personales, las etapas, las situaciones puntuales... A la Madrastra de Blanquitanieves la consumió la fiebre competitiva cuando su hija putativa alcanzó la edad de la niña bonitísima, mientras que la madre de *Beloved* (la magnífica novela de Toni Morrison llevada al cine por Jonathan Demme) con el corazón destrozado mata a su hija para que no sea esclavizada.

La sonata es la forma musical que eligió Bergman para desarrollar este careo entre madre madura e hija treintañera, luego de años de no verse. En su *Sonata otoñal* el contrapunto tiene lugar entre Charlotte y Eva, y va del allegro al adagio, del presto al scherzo, en un entramado donde los temas principales –el cuestionamiento quejoso de una, la autodefensa de la otra– se oponen, se confunden, se modifican... Para mayor inri –porque esta sonata también es un calvario con sus diversas estaciones–, la madre de este film-partitura convertido ahora diestramente en pieza teatral es una mujer fuerte, concertista de piano famosa, con lo que la problemática habitual de la hija se encrespa a más no poder.

En el Multiteatro (Corrientes y Talcahuano), donde esta *Sonata otoñal* se ofrece de jueves a domingo en una sala mayoritariamente poblada por mujeres que hacen su propia catarsis, Leonor Manso y Virginia Innocenti (foto) –muy bien secundadas por Héctor Bidonde y Verónica Del Vecchio– realizan creaciones memorables de sus difíciles, laberínticos personajes. ¿Es Charlotte la egocéntrica autoritaria y desamorada que describe su hija, o apenas una mujer talentosa y vital sin demasiada vocación maternal? ¿Es Eva la víctima inmolada que se pretende o sólo una mujer incapaz de superar el duelo por su hijito, desesperada por asegurarse el amor de su madre? La pieza, al igual que el film, no da respuestas netas, pero sí una se lleva puesta la convicción de que una buena crisis que saque trapitos al sol siempre será mejor que permanecer instaladas en cómodas y precarias relaciones de "todo bien".

ARQUETIPAS POR SANDRA RUSSO

La negadora



–Me dejó.
–¿Cómo que te dejó?
–Sí, se fue.
–¿A dónde se fue?
–¿Qué sé yo? Se llevó todo.
–¿Se llevó su ropa, sus libros, todo?
–Todo no. Se llevó un poco de ropa.
–Ah, bueno, entonces es una crisis, no es una separación.
–No, dijo que se iba.
–Pero por ahí mañana vuelve.
–No, no vuelve, dijo que no vuelve.
–¿Pero por qué? ¿Estaban tan mal?
–No, estábamos bien.
–¿Y entonces qué bicho le picó?
–No sé. Agarró su ropa y se fue.
–¿Pero no te dijo por qué? ¿No se pelearon?
–No, no, te juro, no nos peleamos ni nada.
–Yo no puedo creer que no te haya dicho nada.
–Nada, nada, ni una palabra.
–¿Pero no decís que dijo que se iba?
–Sí, bueno, dijo "chau, me voy".
–No entiendo. ¿Vos estás segura de que no pasó nada?
–¡Segurísima! ¡Entre nosotros no pasa nada, nunca pasa nada de nada!
–¿Y no dijo a dónde se iba?
–No, ¿no te digo? Dijo solamente "chau, me voy".
–No sé qué decirte, estoy desconcertada.
–¡Yo también! ¿Cómo me va a dejar así?
–Pero todavía no sabés si te dejó, Laura...
–¿No te digo que me dijo "chau, me voy"? ¿Sos sorda?
–¿Pero no habrá ido a... qué sé yo, a jugar al fútbol?
–No, se llevó pantalones y camisas.
–¿Y cómo no le preguntaste a dónde iba?
–Me quedé muda.
–¿Lo viste salir y no le dijiste ni una palabra?
–Ajá.
–Laura, ¿vos estás completamente segura de que entre ustedes no hay problemas? A veces una prefiere negar la realidad.
–Te digo que Claudio y yo no tenemos problemas ni nada. No nos peleamos, no nos celamos, no nos molestamos, no nos contamos nada, casi ni nos hablamos...
–Laura, esos son problemas de pareja.
–Yo te llamé para que me compadezcas, no para que me critiques.

